



EL VISITANTE IMPROPIO

Manuel García Menéndez

Manuel García Menéndez

EL VISITANTE IMPROPIO

Traducción

CARLOS GONZÁLEZ ESPINA



La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura de España.



Lectura infinita

Primera edición (asturiano): *El visitante impropiu*, abril 2019
XXXIX Premiu «Xosefa Xovellanos» de Novela

Primera edición (español): *El visitante impropio*, julio 2025

© Manuel García Menéndez

© Traducción, Carlos González Espina

© IMPRONTA

Cura Sama, 8-4.º D

33201 Xixón

info@improntaeditorial.com

improntaeditorial.com

Tfno. 985 09 83 42

Diseño y compaginación: Marina Lobo

ISBN 979-13-990473-4-9

DL AS 01404-2025

Producción: Gráficas Summa

Libro subvencionado por la Consejería de Cultura,
Política Llingüística y Deporte del Principado de Asturias

«Te puse en mi pueblo de atalaya,
de vigilante, para que otees el camino
que llevan».

JER 6, 27

LOS PODERES ESPECIALES DE MARCOS ENGRUEBA

Toda la vivienda era una confusa profusión de olores. Aunque la nariz de don Pedro Pastor estaba saturada a causa de ciertas obligaciones olfativas del oficio, los tres invitados que tenía esa noche los percibieron en conjunto, y solo un agudo olfato como el del inspector especial Marcos Engrueba era capaz de identificarlos uno por uno. Si cuando llegó a la casa, al principio de la noche, pudo percibir indicios inconfundibles de sopas de ajo y huevo frito, ahora ya era capaz de distinguirlos mejor, unos más apetitosos que otros, que terminaron por apagar a los primeros. Empezando por el más cercano, que quería recordar a la naftalina pero que más probablemente debía de proceder de la cera que usaba la criada para nutrir los muebles. Además, durante décadas, Rosaura había destrozado las rodillas brillantando periódicamente un suelo que, aunque blancuzco, por la veta se veía que era de castaño, y el tablado desprendía ahora el olor de la lejía con la que se restregaba, aunque tal vez ese olor viniera más del pasillo que de la sala, casi toda ella mullida de alfombras que impedirían el paso de los vapores.

Como la mayoría de los presentes no dejaba de fumar cigarros, el aire corría peligro de no ser tan puro, pero Engrueba todavía era capaz de reconocer ciertos olores que procedían de más lejos, y seguramente le ayudaba a ello la amplitud de la sala, la altura de los techos y que las puertas correderas estuvieran abiertas todo el tiempo. De la licorería ubicada en el bajo, por el hueco de la escalera, por el patio de luces, colándose por cada puerta abierta, por cada rendija de cada puerta cerrada o de cada ventana, le llegaban vaharadas de alcohol y aromas dulzones, a madera y a especias, a azúcar quemado y a vainilla, a ajeno y puede que a regaliz, a menta y a anís. Al líquido vertido que había ido impregnando cada poro de los listones y cada junta de las tablas. Imaginó que

todo ello sería una pista irresistible para cualquier niño de los alrededores, de tal manera evocaba los efluvios de una fábrica de caramelos.

Hicieron corrillo en torno a la mesa, para jugar a las siete y media, cuatro hombres de los seis que solían juntarse cada martes. Tenían a su alcance un brasero de latón de los de pata alta, cubierto preventivamente con una alambarrera. Rosaura, que lo había colmado de picón de encina, lo encendió después de que ella y el amo hubieron cenado, justo antes de recibir a los invitados, pero, como la criada se acostó pronto, hacía un buen rato ya que las ascuas se habían extinguido y nadie se había acordado de remover para avivarlas. La explicación de este descuido estaba en que el ambiente seguía siendo confortable: se percibía un calorcillo agradable, seguramente también a causa del coñac y del acaloramiento propio del juego, que seguía en aumento con cada nueva partida incluso entre los que iban perdiendo. Ninguno de los jugadores echaba en falta un ambiente más cálido.

Pero en el exterior, cercano ya el amanecer, la temperatura rozaba los siete grados y la humedad podía calar hasta los huesos, especialmente si uno cometía la imprudencia de ir a cuerpo dejándose engañar por la ilusión de la inminente llegada de la primavera, o por la temperatura que al filo del mediodía casi alcanzaba en ocasiones a parecer veraniega, cuando todo el mundo sabe que las más propias para despedir el invierno son las noches frescas de marzo. Como lo era aquella.

Aprovechando la pausa, y entre tanto don Pedro subía con más bebida, Marcos Engrueba Candanal, inspector especial del Cuerpo de Vigilancia, se levantó con el propósito de desentumecer y estirar un poco las piernas. Esquivó con cuidado los dos pilares de mármol que sostenían unas pequeñas esculturas: un querubín de plata y una Virgen de Atocha en plata y filigrana dorada, ambas guarecidas del polvo por campanas de vidrio; en el otro extremo de la sala rodeó la mesa de comedor, colocó mecánicamente en su sitio una de las sillas que le obstaculizaba el paso y se acercó al ventanal. Los cortinones de terciopelo granate y el tono general del mobiliario contribuían a oscurecer el ambiente, y el papel pintado de las paredes también había quedado algo apagado con el paso del tiempo, pero había luz de sobra gracias a cuatro lámparas de gas y al quinqué con borlas y camión floreado que colgaba del techo. De todos modos, él se sentía atraído por la luz de fuera, que por culpa de

la claridad interior no llegaba a captar, pero que adivinaba detrás de los lienzos corridos. Casi sin percatarse, los descorrió de un tirón, a la vez los cortinones que la hija de don Pedro había traído de Béjar y las finas cortinas blancas que Rosaura había cortado y cosido. Miró a la calle Desengaño desierta, en realidad al farol fijado en la fachada de enfrente. Qué bien había hecho, pensó, en aguantar cuando llegaron los malos tiempos, resistiéndose a vender las acciones que tenía de la compañía eléctrica, como demostraba el hecho de que no le estuviera yendo nada mal con lo que le tocaba en el reparto de dividendos. No había forma de parar el progreso, dijeran lo que dijeran quienes criticaban los fallos en el suministro o los que opinaban que el gas daba una luz más potente y que era una bobada seguir con las concesiones para electrificar las calles de Madrid. Tenía el convencimiento de no haberse equivocado al apostar por la electricidad, aunque algunos, su padre el primero, no se cansaban de aconsejarle lo contrario.

Cuando entró don Pedro, Marcos Engrueba volvió a la butaca que había estado ocupando frente a la mesa de juego.

—¡Néctar puro, señores! ¡De lo viejo viejo! ¡Ya lo quisiera para sí el primado de las Españas!

Don Pedro venía henchido del estúpido orgullo que todos podían tolerar en el propietario de tan excelente bodega y en el notorio conocedor que era. Entró alabando las bondades del licor que acababa de escoger de entre lo mejor de los estantes de la parte noble del almacén; una vez más, porque esa noche ya era la segunda que los agasajaba con una delicia como aquella a cambio de incordiarlos con la correspondiente fanfarria de alabanzas. Ninguno de los otros tres hombres había estado nunca en esa parte de la bodega que suponían situada debajo de la tienda, en el sótano donde solo él podía entrar. Pero, conociendo las manías del personaje —generoso y a la vez muy precavido con lo suyo—, no tenían ninguna duda de que aquellas botellas y la madera en la que reposaban estarían desacostumbradamente pulidas y limpias, y todo colocado según un orden muy particular, y tendría seguramente eso algo que ver con que cuando uno entraba en la tienda casi nunca estaba don Pedro despachando, y tuvieran que llamarlo a voces los dependientes cuando alguien preguntaba por él o requerían de su presencia por razones de autoridad, en el sentido de que, si alguna vez abandonaba el culto

acercaban hombres que vendían navajas y juguetes de lata, o caramelos, muchachas que vendían ristras de rosquillas y chicos con jarros de agua y botellas de anís que ofrecían a los viajeros en vasitos, mezclado si así lo preferían. En Medina del Campo una mujer pudo vender gran parte del queso y de los embutidos que llevaba. Marcos Engrueba le compró para la merienda algo de chorizo, pan y un trozo de queso de oveja estupendo.

Después de aquella villa de Medina del Campo el tren comenzó a ir más despacio. Al principio solo lo notaron los viajeros asiduos de la línea, pero no tardó en recorrer el tren un murmullo de desasosiego, y de disgusto en algún caso. Además, la máquina soltaba más vapor de la cuenta y a los pasajeros no les resultó difícil deducir que ambos problemas estaban relacionados. Hasta en el coche donde iba Engrueba, que se encontraba en el último tercio del convoy, el vapor impedía ver con claridad lo que pasaba más allá de los cristales.

Más tarde de lo que aconsejaba la preocupación creciente de los viajeros, el interventor recorrió los coches avisando de un fallo en la válvula del regulador, que hacía que la locomotora perdiera agua, que faltara presión en la caja de distribución y, como consecuencia, que bajara la potencia. Tampoco omitió que sería fácil que el motor acabara por romperse del todo si no ponían pronto remedio.

Pacientemente fue respondiendo a las preguntas a veces irritantes de los viajeros, y no negó a muchos que tal vez sería necesario volver a Medina, donde había depósito y tendrían seguramente una locomotora de sustitución, porque, si se empeñaban en continuar, la máquina podía averiarse, con el riesgo de quedarse tirados en cualquier sitio, donde podría alcanzarlos otro tren que difícilmente estaría sobre aviso. Sin embargo, terminaba diciéndoles que personalmente opinaba que sería mejor para todos que corrieran ese riesgo e intentaran llegar a Valladolid, porque la solución de recular hasta Medina también era arriesgada. Además tenían la suerte de que en Valladolid estaban los talleres principales de Norte. Allí la espera sería más cómoda para los pasajeros que, mientras se solucionaba el problema, podrían bajar y visitar las bodegas o dar un paseo por la ciudad si así lo deseaban.

Hubo partidarios de ambas opciones, pero hacer realidad una u otra ni siquiera era responsabilidad del interventor o de los pasajeros, sino

del jefe de tren, que apenas se dejó ver y que probablemente no consultaría a nadie más que al maquinista antes de decidirse. Por supuesto, el jefe de tren tomó la misma determinación que habría tomado el interventor, pero este había tenido la astucia de excitar el fuero de la mayoría al hacerles creer que estaban decidiendo lo mejor entre todos, y a causa de ello los ánimos se tranquilizaron bastante. Engrueba consiguió permanecer al margen de unos afanes que le parecieron un poco absurdos, pero pensó que estaría bien contar en el Cuerpo con hombres como aquel interventor de acento leonés, que cumplía algunos de los requisitos necesarios para ser un buen investigador, como la psicología, el dominio de las estrategias comunicativas y la capacidad de liderazgo.

Como supusieron los que a bordo entendían algo del asunto —por más que dieron en lo mismo de forma natural los que presumían de unos conocimientos que no tenían—, no había una reparación fácil para la célebre y rápida locomotora, con lo que la que hubiera tendría que servirles. Encaramados a la barandilla, los mecánicos de Valladolid solo necesitaron el tiempo de desatornillar el domo de vapor para decidir que no quedaba más remedio que sustituir la máquina si no se quería que el tren se retrasara más de lo admisible.

Pero los inconvenientes no habían terminado. En toda aquella estación que ocupaba una extensión enorme de terreno, que tenía incontables naves, almacenes y talleres, depósito de coches y una playa de vías inmensa y casi laberíntica, seccionada por cruces, desvíos y rotondas, no había en aquellos momentos una máquina en condiciones o libre de servicio que pudiera servir para el propósito. De modo que hubo que pedirla a Venta de Baños, la población del empalme ferroviario con el nordeste situada a treinta y siete kilómetros. Tardaría bastante menos de una hora al no llevar convoy y no tener que aminorar la velocidad a su paso por las cinco estaciones y apeaderos que había de camino. Lo que en cualquier caso suponía una espera no mayor de lo imaginado. Pero si algún pasajero llegó a pensar que tales inconvenientes demostraban que la idea buena hubiera sido la de volver a Medina del Campo no lo dijo en voz alta, o Engrueba no llegó a enterarse de la crítica.

El jefe de estación, que al efecto era la voz de la empresa, fijó la salida para una hora más tarde, un plazo que consideraba más que suficiente para que llegara la locomotora de recambio y se hicieran las manio-

bras necesarias. De este modo, aunque el tren pudiera estar listo antes, los pasajeros podrían salir, hasta la estación si querían, sin el temor de quedarse en tierra. En cuanto a Engrueba, aprovecharía el tiempo para conocer una parte de la ciudad.

Igual que en otros puntos de parada de la ruta, prefería seguir manteniendo su condición en secreto y no presentarse a los responsables de la empresa, pero tampoco a la policía o a las autoridades locales. No tenía ninguna razón determinante para hacerlo así; era más bien una costumbre relacionada con la necesidad de ser discreto, que nunca caducaba. A los compañeros de compartimento les había dicho que era oficial de administración civil, lo que no era ninguna mentira, y nadie preguntó más.

Había quedado una noche despejada y no muy fresca, que parecía creada a propósito para el paseo de burgueses y, puesto que era sábado, también de obreros. Para no alejarse mucho, el inspector especial dio una vuelta por las calles adyacentes al Campo Grande, hacia donde parecían encaminarse los paseantes con los que se cruzaba. Pero no los siguió, porque a él no le interesaba gran cosa el parque, sino echar un vistazo al aspecto general de aquella parte exterior de Valladolid y al ambiente de la hora. Y así, sin adentrarse apenas en ella, pudo comprobar la prosperidad y la modernidad de la antigua sede de la corte castellana, que crecía entre las vías y el río. Una ciudad, como tantas otras, de funcionarios y rentistas, pero también de húsares, monjes y molineros. Así y todo, le sorprendió no ver nada de alumbrado público eléctrico. Supuso que tal vez el ayuntamiento no veía aún el beneficio de llevarlo hasta aquellas manzanas de las afueras.

Volvía por calles de solares vacíos y casas bajas cuando, al doblar una esquina, dio de repente con un hombre de aspecto siniestro, harapiento, al que le faltaba el brazo derecho. Pese a ello parecía fuerte y confiado. Se comportó como si el encuentro no hubiera sido repentino, como si lo hubiera estado esperando. Abrió una boca desdentada y maloliente y le pidió de forma muy poco amable unas perrinas. Estaban solos y en una zona de escasa visibilidad, y el inspector especial sabía qué significaba que un individuo como aquel le pidiera unas míseras perrinas en tales circunstancias. Engrueba no trató de apartarse para seguir el camino, sino que permaneció allí inmóvil, clavándole una mirada fiera. El otro

se la sostuvo un instante, que Engrueba interpretó como de breve reflexión, y con la misma el hombre miró de reojo al bastón, calibrando qué posibilidades podía tener ante un arma que muchos sabían manejar muy hábilmente sin necesidad de llevar escondido un estoque. El ladino no podía conocer si esta posibilidad era real pero, puesto a considerarla, no era ninguna tontería. Engrueba ni siquiera necesitó decir una palabra ni tampoco blandir el bastón de forma amenazante; siguió mirando fijamente y fue el otro el que tuvo que apartarse. Después Engrueba continuó caminando hacia el barrio próximo a la estación. Pero no estaba acobardado por un encuentro que podía haber resultado peligroso, al contrario, y terminó el paseo tomando un aguardiente barato en una taberna, donde entró más que nada para ver de qué pelaje era el resto de gente de aquellos arrabales. Pudo notar que la clientela, que lo miró como si fuera un bicho raro, en lo referente a su condición no se diferenciaban mucho del manco.

Cuando a la hora prevista los pasajeros volvieron a ocupar su sitio en los coches, supieron que la espera aún no había acabado y tuvieron que soportar que se acumulara media hora más de retraso al que ya llevaban. Finalmente, cuando el tren pudo seguir viaje, lo hizo remolcado por una locomotora de ruedas más pequeñas que la titular de la línea, con más potencia de tracción pero más lenta. De todos modos, nadie informó a los pasajeros de que ello iba a aumentar poco a poco el retraso. Era lo lógico para quien quisiera verlo, pero la compañía confiaba en que el problema se solucionaría pronto, aunque fuera solo en parte, ya que cuando llegaran a Venta de Baños el convoy se desharía de la mitad de su peso. Esperaban que la máquina que en ese nudo ferroviario se pondría a tirar del convoy del noroeste igualara en velocidad a la que había salido de Madrid, o si no la de Palencia, o al cabo la que incorporaran en León a los pocos vagones que se segregaban para Asturias. Pero para León quedaba una buena tirada.

El tren siguió su avance entre las colinas de la meseta de vino y pan. Del estruendo que en los valles silenciosos y en los llanos producía su paso eran testigos los chopos, aún poco frondosos, fúnebres como esqueletos en las sombras de la noche, plantados en hileras a la orilla del camino real o en las lindes de las tierras, todos iguales como podados a propósito para formar cierres muy altos. Se explicaba porque eran los

chopos «cabeceros», que los labradores trabajaban para sacar vigas y pértigas.

Tardaron hora y media en llegar a Venta de Baños. El nuevo retraso se acercaba al límite de lo que eran capaces de soportar unos pasajeros que ya habían demostrado bastante paciencia. Los del compartimento se despidieron del ingeniero de caminos, que se reveló como un discreto compañero y como un lector empedernido. Los palentinos salieron a estirar las piernas por el andén, mientras que Engrueba prefirió seguir en el asiento, fumando un purito mientras se realizaban los trabajos de desenganche. No le parecía que mereciera la pena intentar una visita al pueblo que necesariamente tendría que resolverse con un rápido paseo y con poca luz. Se había informado de que, gracias al cruce ferroviario, en tres décadas había surgido de la nada hasta convertirse en una villa laboriosa, pero suponía que no tendría mucho más de particular, ni se diferenciaría gran cosa de la infinidad de pueblos que habían crecido de manera similar, normalmente alrededor de una industria o de un cruce de caminos. Aprovechó la parada para tomar unas notas sobre lo que le había contado el mozo con el que habló en la estación de Madrid.

Nada más llegar a Palencia se despidieron de Engrueba los otros tres compañeros de compartimento, que esa noche tenían el plan de alojarse en la ciudad, en casa de unos familiares. En la segunda bifurcación de la línea las maniobras durarían aún más, unas dos horas si había suerte, debido a que, después de desenganchar los vagones que no iban para Santander, el convoy que seguía a León tenía que salir de una estación distinta, donde las vías estaban dispuestas en paralelo al otro ramal. A causa de ello, Marcos Engrueba tuvo tiempo para cenar en la cantina de la estación. Pero era ya muy tarde y no hubo elección posible, y tuvo que conformarse con un plato de sopa, unas truchas fritas, y lo que quiso de pan y vino. Luego, otra vez en ruta, solo en el compartimento, por fin pudo acomodarse en el banco y echar un sueño acunado por el tránsito apacible a través de la tranquila llanura de la Tierra de Campos y que —debido en buena medida al vino de la cena— resultó sosegado. Hasta Uviéu quedaban aproximadamente ocho horas y media.

Llegaron a León al rayar el día. Marcos Engrueba despertó de mala gana, no tanto por el trajín de separar los vagones de Asturias de la cabeza del tren, que seguía para Galicia, como porque entraron en el

compartimento nuevos compañeros de viaje a los que como mínimo tenía la obligación de devolver el saludo y la presentación: un clérigo que nada más sentarse se envolvió en el manto y se quedó profundamente dormido, perdiendo poco a poco la verticalidad; un médico y un capitán de artillería, ambos de Xixón, y un leonés, vendedor de guarniciones.

En Busdongo de Arbas, en el valle alto cercano al puerto, la nieve recién caída les recordaba que el invierno todavía resistía en parajes escarpados y lejanos como aquel. Según comentaban los compañeros de Engrueba —el clérigo seguía dormido—, el pueblo había perdido gran parte de la vida que tenía hasta que pocos años atrás habían abierto por fin el tramo de vía hasta Fierros, que acababa con la necesidad de hacer transbordo y pasar el alto por carretera hasta llegar a La Pola, donde había que tomar otro tren. A consecuencia de ello, Busdongo se había quedado convertido en un villorrio del que desaparecieron casi totalmente los jóvenes, capataces y carreteros que hacían el transporte de viajeros y mercancías, los carruajes de mil clases y tamaños, las caballerías y los bueyes, además del ajetreo característico de una actividad tan intensa. Ahora, por el contrario, el paso del tren no era suficiente para sacar al pueblo de su declive, y la sensación de tristeza resultaba aún mayor a causa de la nieve.

Hacía bastante frío. En el compartimento hablaban también del invierno terrible de un par de años atrás, que vino con un frío extremo, con infinidad de nieve que había cerrado la vía días y días, desprendimientos y desgracias de todo tipo, incluyendo la pérdida de muchas vidas y haciendas por aquellos pueblos de la cordillera. Ahora la proximidad de los riscos extendía las sombras en muchos sitios, pero el sol relucía por los altos donde brillaba la nieve. El tren siguió de largo aunque aminoró la velocidad. Compuesto ya solo por un furgón y tres coches, además de por la máquina que hacía aquel trayecto y el tender, continuó renqueando cuesta arriba por lo menos cincuenta metros de diferencia de cota con relación al túnel del alto, patinando de vez en cuando en los carriles helados. En aquel túnel, el más largo de aquellas montañas, el humo expulsado por la locomotora se filtraba al interior de los coches, a pesar de que las ventanillas iban cerradas.

Marcos Engrueba notó que habían pasado el alto antes de que asomaran los valles de Asturias, cuando el tren recuperó una marcha algo

—¿Vas a acompañarla? ¡Que vaya con las otras!

—¡Hombre, no! ¡Algún momento tendremos que estar a solas!

—Y después, ¿a dónde iremos? ¿A San Roque? No, pero esta vez no te dejo pagar, desde luego que no.

Con aquello de San Roque se refería Noriu a las casas pequeñas de hacia el matadero, donde por el día holgazaneaba la Siesta con mayúsculas y por la noche hervía la Alegría, también con mayúsculas, que le faltaba a una ciudad apagada entre la mansedumbre burguesa y la cadena cuaresmal.

—Pero vete pensando en una cosa —añadió Noriu retomando la palabra.

—¿En qué?

—En que tienes toda la noche para decirme con quién andas.

MAL ÁRBOL NUNCA DIO BUEN FRUTO

De las murallas que cercaban la ciudad quedaban aún algunos lienzos interesantes, sobre todo hacia el este. Podían verse también muchas partes hacia la zona norte, por donde caminaban los dos inspectores, pero allí era como si el arrollador crecimiento de la ciudad vieja, en su necesidad de espacio, hubiera ido quebrando las antiguas defensas, respetando únicamente los fragmentos que se mantuvieron incorporados a la obra de los edificios. Como si el enemigo hubiera venido más de dentro que de fuera y hubiese actuado con más saña que la batería artillera más eficaz. Como si el Uviéu nuevo fuera un recién nacido que hubiera rasgado la piel del antiguo.

Tangencialmente a la plaza del Progreso por aquella parte exterior del límite que las murallas habían formado al norte, corría una calle muy transitable a la que, pese a los esfuerzos administrativos en hacer que cuajara el nuevo nombre de calle Argüelles, el pueblo seguía dando el muy significativo de El Campo de la Lana, que según decían se debía a que allí y en la explanada adyacente se mercadeó con ese producto en tiempos remotos. Esta calle encontraba continuidad más allá en la de Jovellanos, que para muchos seguía siendo Traslacerca, propiamente un camino de ronda, separado por una hilera de casas de la extensión de huertas cercadas que más abajo se transformaban en sembrados y pradería. De modo y manera que ambas calles, la de El Campo de la Lana y la de Traslacerca, eran de hecho la misma. Sus edificios pertenecían a distintas épocas y tenían diferentes estilos y alturas, aunque la mayoría con algo de vulgar, salvo alguna que otra casona y el monasterio de San Pelayo, levantado contra una de aquellas partes de la muralla medieval que aún se conservaban. Resultaba evidente que ningún ayuntamiento ni ningún promotor se habían ocupado de planificar la calle para que sus edificios formaran un conjunto armónico, como sí habían hecho no hacía tantos años con el ensanche de Uría o con los trazados que se estaban acometiendo en la zona oeste de la ciudad.

La calle resultaba idónea para los negocios. Era bastante indicativo de ello que en el rato que duró el trayecto de los inspectores pasara más de media docena de hombres empujando carretillas, y en el exterior de algún local se veían empleados amontonando cajas. Y además, en la puerta de una ferretería había movimiento de obreros de blusa y capote encerado. O de aldeanos con herramientas al hombro, que a la vez parecían buenos clientes de la albardería cercana. Las visitas que recibían otros comercios eran sobre todo de mujeres que siempre iban muy cargadas de paquetes, con cestas o con capazos, o con lecheras, aunque alguna tenía la suerte de poder servirse de un pollino. También eran bastantes las que se afanaban en barrer hacia la calle el barro que ensuciaba los portales, donde no solo había viviendas particulares sino también casas de comidas y de huéspedes, y en los pisos superiores alguna se atrevía a desafiar la humedad del tiempo y la bajada de la temperatura abriendo las ventanas para ventilar y hasta sacudir al exterior bayetas y manteles.

En alguna fachada destacaba el letrero de un dentista, de una modista o de un representante de seguros. Aquí estaban las oficinas de Correos y más allá la central de Teléfonos. Una casita era una fábrica de chocolate donde estaba claro que también tostaban café, otra más grande era un colegio, otra en la parte trasera de aquel frente, una fábrica de lejía, y otra toda ella propiedad de un médico que tenía allí su vivienda y consulta. En un bajo había una botica, en otro una panadería, otro era a la vez almacén y cochera de un transportista, y otro lo ocupaba un chigre y un almacén de vinos y licores que junto a la puerta anunciaba con letras grandes: «Vinos del país y de importación. Los mejores de Jerez, Málaga, Oporto y Champagne». Desde este le llegaron a Marcos Engrueba vapores que le recordaron a la tienda tan bien abastecida de su buen amigo don Pedro Pastor.

Y por supuesto también era una zona de paso y de morada para burgueses, hidalgos, estudiantes, curas y algún que otro militar. Entre toda aquella gente, ya formara parte de la clase trabajadora o de la ociosa, a casi nadie se le escapaba cuál era la condición del hombre del traje y bombín marrones, que en una mano llevaba el paraguas abierto y en la otra un bastón de caña con el puño dorado, con trencillas y bellotas verdes. Pocos ignoraban el significado de aquel bastón que era lo mismo que una insignia. Pero los más curiosos eran unos pocos críos que

estaban de pinches o que andaban por allí a recados, desafortunados de casa pobre que frecuentarían poco la escuela. Eran los únicos que se les acercaban, y quizás los únicos que no sentían rechazo o miedo. En cuanto a los dos o tres perros que callejaban por allí sin preocuparse de amo alguno, parecían más atentos a las señales que les llegaban del comportamiento de los adultos que las que advertían en el de los niños, ya que también se incluían en el grupo de los que evitaban a los policías. Porque a Antuña estos debían de conocerlo bien.

«Orbayu» denominaban a aquella forma menuda e impertinente de llover, y Engrueba la recordaba como la que más mojaba la tez saturada de aquella tierra y la que más contribuía a enturbiar sus días frecuentemente grises. Las ruedas de los pocos coches que pasaban lanzaban hacia los peatones salpicaduras del lodo que se había formado en aquellas calles que, como la mayoría de las distantes del centro, no estaban empedradas. Tontamente le dio por pensar que allí los coches que no eran de caja cerrada no quitarían la capota ni siquiera en verano. Muchos de aquellos ciudadanos llevaban madreñas, y también había alguno que llevaba chanclos de goma. Apuntó mentalmente que tenía que comprar un par de aquellos forros para el calzado, ya que le resultaba engorroso el uso de las madreñas, que sin embargo estaba seguro de haber usado con soltura cuarenta años atrás. Con todo, sabiendo que viajaba a un país donde las piedras no cesaban de rezumar agua, era una lástima que no se hubiera acordado de traer los chanclos que tenía en su casa. Evitó en la medida de lo posible que lo alcanzaran las salpicaduras, pero no pudo cumplir su intención de presentarse en la Inspección con los zapatos limpios, y en el mismo umbral del Gobierno Civil acabó haciendo lo que cualquier guardia novato antes de acudir a presencia de un superior; esto es, restregar la pala de cada zapato contra la pantorrilla contraria del pantalón.

Encontró el Gobierno Civil bastante más deteriorado de lo que podría esperarse de un edificio público de su importancia. Estaba en una zona intramuros próxima a la carretera de Xixón y formaba parte de un complejo que, incluyendo parte de la calle y la plaza ajardinada, había sido antes monasterio de San Vicente. El gobierno de la nación lo había expropiado más de medio siglo antes, y a pesar de su decadencia tenía a gloria ser el brote del que nació la ciudad, según el juicio erudito más

aceptado. El entorno seguía siendo de iglesias y conventos, y lo presidía a poniente la flecha hueca de la torre de la catedral, la cima renombrada y simbólica que desafiaba el cielo de Uviéu, que marcaba el centro espiritual —y geográfico, aunque solo si se contemplaba desde ciertos puntos de los alrededores— de la ciudad y que, gracias al pararrayos de la cruz que protegía en primera instancia la filigrana de la flecha, guardaba la tranquilidad de los fieles del dominio cercano.

La parte dedicada a la Diputación Provincial se apoyaba en el lienzo mejor conservado de la muralla, que la separaba de la cuesta por donde una calle de casuchas obreras de aspecto más bien aldeano, tras rodear en lo más alto la fábrica de gas y la capilla del antiguo hospital de los Remedios, bajaba hasta la fábrica de armas de La Vega, en palabras de Llázaro Antuña, «el mayor orgullo del Uviéu industrial». Añadida a esta parte por un corredor con arco sobre la calle, estaba la propiamente dedicada a Gobierno Civil, que por delante daba a la plaza común y por detrás a la sacristía de la catedral y al muro que cerraba el cementerio de peregrinos, tras el que sobresalía la copa de un olivar de gran tamaño, peregrino también según la tradición.

Actualmente el caserón no sería el orgullo de nadie. Presentaba en la fachada manchas de humedad y desconchones, mientras en el interior, a causa del mal estado de la cubrición, las goteras habían ido produciendo daños que resultaban tan evidentes como la falta, en resultas, de unas capas de yeso y pintura.

Sacudieron y cerraron los paraguas. Los dejaron al cuidado del conserje de la puerta, que los apoyó contra una pared detrás de su mesa, como hiciera antes con un montón de ellos, muy cerca de la propia carabina con la que ya casi había riesgo de que alguno de ellos se confundiera, pues no quedaba sitio en el paragüero. Era un guardia viejo, algo descuidado en la uniformidad, pero de trato muy amigable, que también tenía entre sus funciones la de ocuparse de ordenar el montón de madreñas y de chanclos que iban dejando a su lado.

Llázaro Antuña plegó el célebre sombrero verde de fieltro y lo embutió en el bolso superior de la americana. En verano seguramente llevaría «jipijapa», y sería de los que no se lo quitarían así les cayera encima un chaparrón. A pesar de que era un hombre de rostro bello —lo lucía bien, sin esconderlo tras bigote o barba—, con una altura superior a la media

y con una simpatía natural que apenas era capaz de controlar, destacaban en él a simple vista algunos defectos. El primero se encontraba en el vestir: su incapacidad para combinar los colores, por ejemplo, o la chalina tan pasada de moda, un complemento que nunca podía quedar bien cuando, de una forma tan inconveniente como en su caso, no se llevaba chaleco, pero que además no casaba con ninguna otra parte del atuendo. Aunque lo peor era un defecto que no solo era incapaz de esconder sino que parecía que le gustaba exhibirlo: la barriga globosa, que llamaba más la atención a causa de la proporción ajustada que guardaba el resto de su figura. Esto ya lo hacía bastante ordinario, pero además llevaba desabotonada la americana, que se abría por culpa del avance de la barriga haciendo que los tirantes quedaran a la vista, lo que le daba un aspecto de tabernero tragón que inevitablemente desdecía de otras cualidades.

El trasiego de funcionarios y visitantes provocaba bastante bullicio pese a que no debía de ser la hora de más movimiento. El edificio no solo acogía a los negociados del Gobierno Civil sino también dependencias de otros organismos públicos. Los dos inspectores procuraron entretenerse lo menos posible en cortesías y, después de pasar el claustro, subieron derechos al tercer piso, que recorrieron hasta la zona acotada a la Inspección de Policía. Siempre —pensó Engrueba— pasaba lo mismo en los edificios oficiales que eran compartidos: la policía había que arrinconarla en los pisos altos, en el desván a poder ser; lo más lejos posible de lo que estuviera considerado como zona noble.

Los cristales estaban sucios, sobre todo los de aquella parte que no daba a la calle. Había puertas que tenían las manillas estropeadas y el tablado del suelo estaba muy desgastado. Finas rodillas de novicio lo habrían fregado desde mucho tiempo atrás, siglo tras siglo. Alguien seguiría refregándolo, sin duda, pero ya nadie se ocupaba de que luciera como estaba mandado, y en consecuencia había ido oscureciéndose, pues se había ido formando sobre él una costra de sarro que en algunos sitios menos transitados era pegajosa. En cuanto a los muebles, salvo alguna partida más nueva que había venido sobre todo a equipar los despachos de los mandos, después de tantos años seguían siendo los del antiguo ajuar monacal. Eran macizos y de formas sencillas, pero estaban viejos y descompuestos, muchos rayados o con necesidad de unas pasadas de

LAS VÍSPERAS DE XULIÁN PRIETO

Orbayaba. Todo lo tamizaba un velo invernal. Pero para el observador acostumbrado el orbayu no había de durar mucho, puesto que el cielo carecía de esa homogeneidad de los días muy dados a esa llovizna menuda, de esa grisura sin matices como si se tamizara sobre el mundo una niebla espectral. En lugar de eso estaba aquel zafarrancho de amasijos cenicientos que daba alguna idea del desorden primitivo. No iba a ocurrir esta vez, pero normalmente estos, que denominan nimbos, traen otra lluvia más intensa, pues con ellos suele venir la tormenta.

No duraría el orbayu, no iba a tronar y tampoco iba a despejar el día. El sol no acababa de aparecer, y hacía el mediodía se veían unos débiles destellos incapaces de revelar las sombras por mucho que se filtraran entre las hendiduras de aquellos amasijos de nube, que de tan concretos parecían elevaciones de una geografía inversa. Como estos rayos a duras penas los traspasaban y no se proyectaban sobre la tierra, tampoco eran capaces de calentarla. Ni siquiera de iluminar el horizonte. Ni aun de evitar la oscuridad de lo más convexo de cada panza de nube. Un cielo así de triste forzosamente conduce a la tristeza, pero solamente a quien no tiene otra cosa que hacer más que contemplarlo.

Xulián no se entretenía en tales pamplinas. Iba a lo suyo con algo de prisa, con el solo propósito de alcanzar a tiempo el tren, y esto era porque no podía llegar a Xixón cuando le diera la gana. Se cubría con el capote, y en el talego de las herramientas le había reservado sitio por si dejaba de necesitarlo. En cuanto se pusiera a trabajar se le quitaría el frío, pero si en Xixón el día se metía en agua tendría que volver a ponerlo, ya que allí había que hacer todo el trabajo a la intemperie. Por lo demás, lo único que les obligaban a llevar de uniforme en cualquiera de los dominios de la compañía era la gorra con su placa identificativa.

Por las casas que llamaban de La Matorra, cerca del inicio de los arcos del acueducto, un hombre que protegía cabeza y hombros del orbayu con una capucha encerada llevaba del ramal una mula que cargaba, uno

a cada lado de las parihuelas, dos barriles de los especiales para salazón, que llenos pesarían cada uno tanto como un hombre fornido, además de algunos fardos de distintos tamaños repartidos por el medio y bien amarrados. A pesar del bulto, el animal parecía ya liberado de buena parte del peso. El mercader era de los que consideraban que merecía más la pena llevar el mercado a las casas que estar en la plaza peleándose con la competencia. Pregonaba el género a voces: «¡Bacalao!», «¡Arenques!», «¡Calidad llevo, mujerinas!», «¡Precio llevo!».

Nadie más que Xulián bajaba, mientras subía la cuesta alguna gente que en su mayor parte volvería de la plaza, pues estaban para dar las dos de la tarde. Todos lo conocían, poco o mucho, y todos le saludaban fuera el que fuera el trato que tuvieran con él o con la familia. Una mujer venía llevando al costado un capacho sobrecargado, un saco de sal sobre la cabeza, y en la otra mano una herrada que tal vez había bajado llena de leche y de la que ahora se servía para llevar a casa algunos cacharros que había comprado: útiles de hierro o de latón para la cocina. Un renacuajo que pasaba cuesta arriba a todo correr —lo estarían esperando para comer y se jugaría unos coscorriones—, sin apenas aminorar la marcha se distrajo con el trajín del de los salazones, y de repente rozó más que tropezó con el capacho de la mujer, lo que la hizo trastabillar. Por el reflejo de sujetar el saco dejó la pobre caer la herrada, que bajó unos metros dando vueltas por la inclinada cuesta esparciendo con gran estruendo los cacharros. Y ello sin poder evitar que el saco cayera. Al contrario, se despanzuró con un estampido sordo en el suelo. Como era previsible, se rasgó y, antes de que ella pudiera reaccionar dejando los otros bultos a salvo, se derramó una cantidad de sal como de una libra, puñado arriba, puñado abajo. Un perro que caminaba junto a la mujer huyó asustado. La mula se espantó y comenzaron a desparramarse en todas las direcciones piezas de pescado salado antes de que el hombre consiguiera sosegarla. En resumen: en nada se había montado el desastre.

El renacuajo se perdió de vista retronando con las madreñas sin que aparentemente se diera cuenta de la que había preparado, ni siquiera del estruendo que dejaba atrás. La mujer echaba las manos al cielo y gritaba como si se derrumbara la bola infinita del mundo y ella fuera la única responsable. Aquel perro se puso a aullar como si presintiera la muerte. Los testigos se acercaron a la mujer para ayudarla a recoger la sal, o a

recobrar la herrada y los cacharos o para mostrarle su lástima, aunque más de uno ponía cara de estar ante una loca. Y lo único que había hecho era perder por fatalidad los granos de sal de aquellos dos puñados que era imposible extraer del barro.

Xulián no podía detenerse tanto. Se limitó a decir cualquier formalidad para que no pareciera que se inhibía totalmente y siguió su camino. Pero una sombra había calado en su ánimo: según se alejaba, aquella escena iba pareciéndole cada vez más un mal augurio. Entonces se acordó de pronto de lo que le habían enseñado sus lecturas y meneó la cabeza, un gesto con el que rechazaba por irracionales unos pensamientos que procedían de una educación familiar demasiado supersticiosa.

Bajó a la playa de vías, dejó atrás los tajos de tracción y de material, con su estruendo de mecánicos martilleando, y tiró para la estación por el margen embarrado de restos de carbón y medio cerrado a trechos por montones de grava gruesa de la que unos peones iban cargando paladas que derramaban por la base de la vía principal. A la izquierda quedaban el desnivel y el plano inclinado del ferrocarril de Villaperi, y a la derecha los muelles de carga y los almacenes donde algunos compañeros de Xulián se afanaban. En uno de aquellos descargaderos un hombre, también pertrechado con un capote que brillaba por la mojadura, vigilaba los trabajos de la vía mientras, al parecer sin apurarse, fumaba un cigarro. Era Fontanal, el capataz de la brigada a la que Xulián estaba adscrito. Soltó una bocanada de humo al tiempo que levantaba la mano libre en señal de saludo. No sonrió ni hizo ningún otro gesto que Xulián pudiera interpretar como dirigido a él. El mozo tampoco sonrió ni se detuvo, pero respondió al saludo de igual manera. Ambos sabían bien de qué iba la cosa.

Después de terminar los tres años de servicio militar, Xulián se había reincorporado a su trabajo de mozo a jornal en la estación del Norte, donde estuvo desde los quince. Ya había pasado un año, y desde la vuelta siempre había tenido como jefe a aquel hombre que estaba subido al descargadero. Había tenido suerte con él. Xulián no conocía nada sobre su familia ni sobre la vida que llevaba fuera de las cinco hectáreas y media de terreno que tenía la estación, pero personalmente le caía bien. Era tan llano como dejaba adivinar su complexión gruesa —baja y barrigona para mejor describirla— y su gesto tranquilo; nada de arrebatos, como

Los poderes especiales de Marcos Engrueba	9
Una pequeña muestra de cómo es, o se presenta, este mozo de estación: Xulián Prieto Cárcava	61
La llamada de la vieja patria	72
Más sobre cómo es, o se muestra, Xulián Prieto	129
Mal árbol nunca dio buen fruto	141
Las vísperas de Xulián Prieto	188
Una cuestión de clase	196
Todo lo pierde quien todo lo quiere	247
Tiempos podridos para la honradez	258

